HEMOS batallado contra el «siglo de las luces». Hemos creído que todo lo que provenía de él era malo para el cristianismo. Y, en parte, es verdad. Pero, no todo era equivocado en él.

La idea fundamental: el superar las tinieblas, manifiestas en ideas y costumbres de otras épocas, es no sólo legítimo, sino ejemplar. Un Goethe pidiendo serenamente en todo momento —incluso a la hora de la muerte— más luz, es un símbolo de una época que debemos respetar.

Nosotros los católicos debíamos saber superar todo antagonismo contra cualquier persona o momento histórico —aunque sea defectuoso— siempre que pretenda aclarar las oscuridades del espíritu humano.

Tres pensadores cristianos muy distintos dan pie para ello.

Santo Tomás de Aquino en el siglo XIII pidió que «en elegir o rechazar una opinión, el hombre no debe dejarse guiar por la atracción o la repulsa al que introduce la opinión, sino más bien por la certeza de la verdad».

Tomás de Kempis, el asceta desengañado del siglo XV, pidió: «no mires quien lo ha dicho; sino atiende a lo que dijo».

Swiezawski, el autor seglar del Concilio, nos recuerda hoy que «en filosofía nadie, es adversario de nadie sino de todos, por más divergentes que sean sus opiniones, son colaboradores, ayudándose de muchas maneras a alcanzar el mismo fin. Y es erróneo valorar a los pensadores y sus ideas según las exigencias de una estrategia impuesta por una lucha doctrinal: cuando, por el contrario, habría que ver en ellos a los coautores de una obra común formándose penosamente a través de los siglos».

PERO parece que nosotros no confiamos bastante en la fuerza de la verdad.

Por un lado consentimos toda suerte de almagamas que la desvirtúan, pensando que así será más asequible.

Y, por otro lado, ponemos constantemente barreras al libre desarrollo de la misma.

Dos vicios históricos de consecuencias perniciosas para el auténtico desarrollo de los valores del hombre.

Si hoy estamos todavía demasiado llenos de milagrerías, medallas, procesiones, peregrinaciones, revelaciones privadas, imágenes y devociones semi-supersticiosas —como he dicho otras veces—, tendríamos que aliarnos con todo el que combate esos excesos —aunque exagere en su actitud— para que vea en nosotros lo fundamental: nuestro deseo sincero de acabar de una vez con toda profusión y exageración que ahogue, más bien que desarrolle, el auténtico sentido religioso.

No le damos las gracias, sino que históricamente tenemos que juzgar con severidad al Papa Gregorio Magno, que tan complaciente fue al final de su vida, con las costumbres paganas de su tiempo, introducidas en el cristianismo del siglo VI. Si él hubiese sido más consecuente con su primera idea, de oponerse a las costumbres paganas de los que querían ser cristianos, habría hecho mucho más por el futuro de la religión católica. Aquella debilidad nos abrió las puertas a todas las complacencias; de modo que ya no somos —en gran parte— una comunidad de convencidos, sino en buena parte una amalgama de toda suerte de restos cristianos y paganos, mezclados confusamente.

Un Erasmo, en el siglo XVI, estuvo a punto de vencer las rutinas, intelectuales y prácticas, de tantos conformistas de aquel tiempo; pero desgraciadamente el celoso ímpetu de los que querían resguardarlas, bajo capa de ortodoxia (cosa que es frecuente hoy también), venció por varios siglos. Y, hasta el momento presente, no vuelve a renacer el anhelo de una religión del espíritu, más pura y decidida a romper contra el brillo falso de las extravagancias populares. Olvidamos que «la religión de la multitud tiene siempre un lado vulgar, y siempre estará teñida de fanatismo y superstición», (cardenal Newman). Por eso habrá que hacer un verdadero esfuerzo por la única religión verdadera: la del amor a los hombres, para liberarles de sus cadenas materiales y psíquicas, y no la de crear ataduras que rebajen el espíritu y la dignidad humana.

# EL OSCURANTISMO RELIGIOSO

**Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

DECIA hace poco sir Bertrand Russell que «la religión se basa, principalmente, en el miedo. Es, en parte, el miedo a lo desconocido... la base de todo». Desgraciadamente, ha tenido razón muchas veces. Nosotros no hemos tenido siempre, en nuestras vidas, una religión que sirviera sólo para la elevación del hombre, sino la de complacer en parte sus tendencias oscuras y confusas.

Por eso la ciencia ha parecido la enemiga de la religión; y algunos, queriendo ser consecuentes con aquélla, han combatido a esta última.

Pero la ciencia, como la religión, si hubiesen estado centradas en el deseo de superación real de las limitaciones humanas, y no en el temor, o en el misterio al modo pagano, se hubiesen dado siempre la mano entre sí.

Yo creo que hoy, los cristianos tendríamos que saludar con los brazos abiertos cualquier clasificación que la ciencia haga de lo que, hasta ahora, se atribuía falsamente a causas religiosas.

Si esas hostias pseudo-milagrosas que se tiñen de rojo, como si la sangre de Jesús quisiera brotar de ellas, eran antes veneradas temerosamente, hoy debíamos alegrarnos de saber que es un bacilo, el *Bacillus prodigiosus*, el que produce esa impresión falsa, como dice el médico católico vienés doctor Niedermeyer.

Si se averigua que los estigmas, en manos y pies, de personas religiosas, como los de Catalina Emmerich, en el siglo pasado, pueden explicarse por neurosis vegetativas; y, en simulaciones histéricas, por adiestramiento autógeno, no haremos sino laborar por la verdadera y pura religión que pedía el apóstol Santiago, la que ayuda a los demás y no la que se complace en milagrerías.

Si hoy se pueden atribuir tantas y tantas revelaciones y mensajes de la otra vida a reacciones puramente psicológicas, más o menos normales, no haremos al aceptarlo, sino ser consecuentes con lo que enseñaba hace ya cuatro siglos nuestro gran teólogo Melchor Cano, O. P.: «Poco importa a la Iglesia que se crean o no las visiones de Santa Brígida o de Santa Catalina de Siena, porque ciertamente estas cosas no pertenecen de ningún modo a la fe» (De loc. Theol., P. XII, c. III). Como nada nos pueden importar las pretendidas revelaciones de las niñas de Garabandal, que más nos valdría olvidar.

Si la «inedia», o forma de vivir un largo período de tiempo sin comer, de algunos casos raros humanos —como el de la vidente de nuestros días Teresa Neumann— se sabe hoy —por obra del padre Siwek, S. J.— que puede tener una explicación natural; o los fenómenos misteriosos de la levitación, o la resistencia a las quemaduras, como ha estudiado el jesuita padre Thurston, debíamos alegrarnos de ello.

El mismo fundador del cristianismo expuso que estos hechos maravillosos no convertían a nadie de por sí. Que la única apologética —según el evangelista San Juan— es la del amor sincero de quien se entrega por los demás. El mayor milagro es que un egoísta se vuelva desprendido; que un capitalista se haga socialista; o que uno que manda piense siempre en los demás, y no en el prestigio del cargo o en su bien individual. Y la mayor profecía es anunciar, como hizo

si uno es bueno... el otro es mejor!

Brandy Esplendido ESPECIAL SOLERA RESERVADA GARVEY

SOLO GARVEY SUPERA A GARVEY

GARVEY
BODEGAS DE SAN PATRICIO
JEREZ



# EL OSCURANTISMO RELIGIOSO

también Cristo, que los únicos que se salvarían —según describe el juicio final— serían los que ayudasen de verdad a resolver las necesidades de los demás, aunque no se dieran cuenta de ello.

Cuando esas señales religiosas se cumplan: ahí tendremos los auténticos milagros del cristianismo, y las verdaderas profecías realizadas. Porque serán milagros morales, mucho más importante que los físicos, y profecías de la transformación de los hombres, y no de hechos físicos sorprendentes solamente.

Entonces, y sólo entonces, es cuando se cumplirá el deseo de San Agustín: «Bien está que des tu pan al hambriento; pero, ¡cuánto mejor que nadie tuviese hambre y no tuvieses que dar a nadie! Vistes al desnudo; pero ojalá que todos estuvieran vestidos y no existiera esa necesidad... Unes a los que riñen; pero ojalá venga un día... donde no haya más discordia. Todas estas obras son, en efecto, remedio de necesidades. Suprime a los miserables y suprimirás las obras de misericordia. Pero cuando cesen las obras de misericordia, ¿acaso cesará el fuego del amor? Porque entonces amarás más auténticamente a un hombre que es feliz, porque no le tendrás que dar nada; será más puro y más sincero tu amor. Porque cuando das a uno que está en la miseria tal vez quieres estar por encima de él, ya que por ser tú el autor del beneficio, quieres que te esté sujeto aquél al que se lo hiciste».

Nadie ha descrito mejor que él, que la caridad no es preferentemente una limosna, sino una transformación de las estructuras injustas de la sociedad. Un remedio a largo plazo y no un tapar agujeros inmediatos.

Y nadie tampoco ha analizado mejor que Agustín de Hipona este oculto afán de superioridad del hombre limosnero, que está tan arriba que se puede permitir el lujo de dar algo de lo suyo a los que están en un plano inferior.

Nada de ello es lo religioso.

Y, sin embargo, alguno quizá me dirá: ¿Y los ritos religiosos que vemos todos los días en nuestra religión? Pues bien, yo creo que hace falta una profunda renovación de su sentido —como pide la Constitución conciliar sobre la Liturgia—. El mundo no es algo extraño a nuestra tarea religiosa, porque ésta consiste en la realización del amor entre los hombres. El mundo que nosotros construimos debía tener para los cristianos una dimensión sacramental: ser signo de amor. Debía, por eso, adquirir el universo —como quería el teólogo J. Pinsk— un valor sacramental: ser señal, con nuestras reformas de la sociedad, del amor eficaz que el cristianismo vino a traer al mundo. Los sacramentos no son, sino un «concentrado» de este testimonio, que debe ser nuestro esfuerzo en lo temporal, por hacerlo más justo y más humano. La Iglesia ha recogido los siete momentos clave de la vida del hombre, para poner en ellos un gesto de amor, eficaz y decisivo que es el sacramento: el nacer y el morir, serían así sus dos polos «signados» por la Iglesia con el amor (el bautismo y la extremaunción); el ascender a la vida de la razón, necesita tener una señal que sensiblemente «confirme» al joven en sus convicciones personales, de cara a los demás (la confirmación); la unión del hombre y mujer requiere un sello de amor permanente (que es el matrimonio); los fallos egoístas de la flaqueza humana, piden «conversión» (penitencia); la «ordenación» (o sacerdocio) de hombres dedicados al recuerdo constante de estos valores del espíritu es necesaria; y la comunidad de los hombres, unidos en una cooperación común, debe estar simbolizada en el acto expresivo de una comida fraternal, como es «partir el pan» en común (la Eucaristía). Así los momentos cumbre de la vida son ayudados por este sentido eficaz del amor, que es un sacramento. Y de esta manera se sentirán, todos los hombres de buena voluntad, solidarios de esta Iglesia amplia que es la comunidad de los que creen en el amor como en un absoluto. Porque yo sé por mi Evangelio, que eso no se da, sino como un don de Dios. Y allí donde lo veo vivir, aunque quien lo hace no sepa darle el nombre, sé que está un cristiano. Saber la etiqueta de las cosas, es importante; pero mucho más lo es vivir la realidad. Por eso San Agustín decía: «Si los hombres te llaman pagano, tú muéstrate con los hechos cristiano».

Este es el programa cristiano, y no otro.

E. M. M.